

Virtudes para la acción social en una sociedad democrática. Reflexiones sobre la democracia en América de Alexis de Tocqueville

La participación ciudadana en una sociedad plural necesita unos valores y destrezas comunes. Las afirmaciones que hace Alexis de Tocqueville en *La Democracia en América* ponen de manifiesto que es necesario que el ciudadano supere el individualismo y que engrandezca su libertad a través de la acción social. La democracia tiene una virtualidad educativa, a través de las acciones y de los valores sociales que generan las costumbres y que revierten directamente en la atmósfera intelectual y moral de la democracia. Virtudes como la benevolencia, la justicia, la sinceridad, el autodomínio, favorecen el desarrollo de una sociedad democrática y acrecientan su riqueza moral.

Palabras clave: democracia, virtudes, acción social, educación.

Virtues for Social Action in a Democratic Society. Reflections on Democracy in Alexis de Tocqueville's America

Citizen participation in a diverse society requires certain common values and skills. The statements that Alexis de Tocqueville makes in *Democracy in America*, underline the need for citizens to overcome individualism and increase their freedom through involvement in social action. Democracy has a strong educational potential as the actions and social values which create customs revert directly in the democratic intellectual and moral atmosphere. Virtues such as benevolence,

Eb013

Aránzazu
Albertos
San José

Profesora del Colegio
Peñamayor.
(Asturias)
aralbertos@hotmail.com

justice, sincerity and self-restraint favour the development of a democratic society and equally enrich it in a moral sense.**Keywords:** democracy, virtues, social action, education.

LA VIGENCIA DE LOS MODELOS POLÍTICOS DEMOCRÁTICOS en la mayor parte de los países del mundo hace necesaria una reflexión sobre los valores y las virtudes que este sistema requiere para la participación de los ciudadanos en una sociedad plural. El espacio público que posibilita la participación del ciudadano exige un ámbito de reflexión y de acción –una cultura común– para que pueda existir la interacción comunicativa y para que las acciones tengan relevancia social.

Para centrar este trabajo he acudido a las lúcidas afirmaciones de Alexis de Tocqueville, que en la obra *La Democracia en América* afirma que la democracia necesita una ciencia política, cuyo objetivo es ayudar, tanto a los gobernantes como a los gobernados, a contribuir al buen desarrollo de la vida social, a través de sus decisiones y actos cotidianos. A través de las reflexiones de este autor nos vamos a adentrar en su experiencia sobre lo que es una sociedad democrática, sobre todo en lo que se refiere a la libertad del individuo, que se engrandece a través del ejercicio de sus acciones morales y de las virtudes. Éstas enriquecen la sociedad, pero es necesaria una educación en las virtudes sociales para que el individuo salga de sí mismo y sus acciones repercutan favorablemente en la sociedad, enriqueciéndola.

La ciencia política de la que habla Tocqueville no se refiere a unas normas de conducta, sino más bien a la atmósfera intelectual y moral en la que respiran los gobernados y los gobernantes, en la cual están arraigados los principios de su conducta. Aunque Tocqueville no fuera preciso en algunos datos o estos fueran erróneos en algún caso, nadie como él ha llegado tan lejos en la comprensión de la sociedad democrática. La clave de su trabajo es que concibe la sociedad como un todo, en el que integra los ámbitos filosófico, histórico y sociológico. De esta manera se puede decir que la ciencia política de Tocqueville no tiene un ámbito particular, en tanto que ciencia social especializada, sino que tiene una dimensión de filosofía pública.

La nueva filosofía pública de nuestro tiempo, que sería la versión actualizada de la ciencia política de Tocqueville, implica un tipo de interpretación de la sociedad como un todo, basado “en los compromisos con las tradiciones sustantivas” (Bellah, Madsen, Sullivan, Swidler y Tripton, 1989, p. 381), de manera que los individuos tengan siempre un punto de referencia claro y sus existencias nunca se desarrollan de una manera aislada o inconexa. Llegar al fondo de las raíces históricas, gracias a las que podemos entender mejor nuestra cultura, lleva consigo un diálogo filosófico a cerca de estas cuestiones. Este diálogo filosófico debe implicar una mejora de la comprensión e interpretación de la misma sociedad y ofrecer un marco idóneo para sopesar los datos y los valores vigentes y los que hay que tener en cuenta de cara al futuro. Esto hace que la filosofía pública –la *nueva ciencia política*, en palabras de Tocqueville– también se convierta en historia y que vuelva al pasado como a la fuente de comprensión, para averiguar cómo nuestra sociedad ha llegado a ser lo que es y qué es lo que puede ser en el futuro.

1. LA EDUCACIÓN DE LA LIBERTAD EN LA DEMOCRACIA

Esta nueva ciencia política tiene una dimensión educativa, cuyo terreno propio es la libertad. Se trataría de una educación de la libertad para la libertad, es decir, para que en una democracia los ciudadanos sean verdaderamente libres, no sólo a nivel político, pudiendo ejercer sus facultades humanas –inteligencia y voluntad– en todas sus dimensiones. El aspecto radical en el que debe ser educado el hombre es la superación del individualismo, que hace que el hombre se aleje de la sociedad y, ejercitando en exclusiva su dimensión individual, se relacione sólo con su familia y amigos.

Según Tocqueville, la democracia tiende a disolver los lazos sociales, al nivelar las condiciones de los individuos, y si la comparamos con la aristocracia, destruye o debilita las asociaciones naturales intermedias, como los gremios u otro tipo de cuerpos sociales, fundados en vínculos de tipo tradicional. En la democracia el individuo tiende a ser una unidad aislada, que sólo se debe obediencia a sí mismo, y la sociedad una especie de yuxtaposición de individuos independientes, que a pesar de su aparente grandeza e independencia se vuelven débiles. Se da una atomización creciente de la sociedad, el gobierno se fortalece, a la vez que se corrompe la virtud pública, porque el hombre se aleja de la vida cívica y descuida sus responsabilidades en dicho terreno, cayendo en una especie de apatía, pasividad o indiferencia. En esta situación, el ciudadano suele interesarse sobre todo por el disfrute de los placeres físicos, el bienestar y la riqueza, y tiende a caer en el materialismo. Como consecuencia de ello, hay una tendencia que impregna la sociedad e influye grandemente en los individuos, a la que Tocqueville (1988a, p. 173) denomina materialismo honesto, en virtud del cual hace que las personas no se interesen más que por ellas mismas y sus bienes. Por otro lado, el hecho social de la igualdad propicia que los individuos reclamen una legislación igualitaria que determine con mucho detalle la conducta dentro de la sociedad. La igualdad, como pasión democrática que ejerce un influjo para que ninguno de los individuos destaque dentro de la sociedad, despliega un poder de tiranía social que se convierte en una tiranía política cuando este influjo se quiere llevar al terreno jurídico (Blits, 1997, pp. 15-20).

Existe otro tipo de tiranía, no menos importante, que es la tiranía de la opinión pública, pues de esta última toman los individuos sus pensamientos y creencias, ya que al ser todos los ciudadanos iguales no saben dónde encontrar una autoridad que respalde sus convicciones. Lo que piensa la mayoría se convierte por ello en la autoridad intelectual y moral, y ésta, en vez de dar sugerencias, impone sus puntos de vista en cuestiones opinables, como si formulase verdades absolutas, pues son aceptadas como si lo fueran porque son populares. Esta situación que provoca el individualismo, según Blits (1997, p. 21), paradójicamente, destruye la individualidad y conduce al conformismo en lugar de a la independencia.

Este análisis de los elementos configuradores de la sociedad democrática nos permite examinar la educación que en ella debe existir desde una nueva perspectiva. El objetivo que ésta ha de tener es enseñar al hombre a ser libre en la sociedad en que vive, sirviéndose de los

ESTUDIOS

VIRTUDES PARA LA ACCIÓN
SOCIAL EN UNA SOCIEDAD
DEMOCRÁTICA.
REFLEXIONES SOBRE LA
DEMOCRACIA EN AMÉRICA
DE ALEXIS DE
TOCQUEVILLE

medios que tiene a su alcance. El horizonte de la educación en libertad es la obtención de la misma libertad, que el individuo pierde si se deja dominar por los distintos tipos de tiranía. Esta forma novedosa de ver la educación se basa en una visión circular de la misma libertad, que sólo puede fortalecerse si se apoya en la misma experiencia del individuo, y en el respeto a los valores sociales incardinados en las mismas costumbres, que son fruto del desarrollo del estado moral e intelectual de los sujetos. De ahí la necesidad de volver a las tradiciones sustantivas y a los orígenes históricos, para que el individuo se entienda mejor a sí mismo y mejore intelectual y moralmente. Para Tocqueville, en la democracia el poder formativo de la cultura y del ambiente en general, y el poder pedagógico de la experiencia personal, pasan de ser efectos secundarios a constituirse en elementos esenciales.

Partiendo de la realidad política que observa en América, este autor intenta sacar provecho pedagógico de las instituciones que allí existen para afianzar los hábitos y costumbres que hacen al individuo más libre. En primer lugar, habla de la participación política a nivel local como cauce para fomentar en los ciudadanos la preocupación por los asuntos públicos y la libertad, con el fin de que los individuos salgan de su atomismo y aprendan a entender adecuadamente su independencia, dándose cuenta de que tienen que contar con los demás (Tocqueville, 1988b, p. 145). Por otro lado, el sistema del jurado también tiene virtualidades educativas, ya que es una de las maneras más eficaces para que la gente aprenda lo que es la justicia (Tocqueville, 1988a, p. 264).

Las asociaciones también tienen una función de contrapeso del individualismo y son un cauce para contrarrestar la tiranía política. En concreto, todas las que promueven la variedad de opiniones sobre asuntos morales e intelectuales fomentan la confianza del individuo en sus capacidades y la posibilidad de sumarse a iniciativas comunes, siempre que estén apoyadas por la libertad de prensa.

Solamente la libertad puede sacar al individuo del aislamiento a que lo conduce la igualdad, y el ejercicio de la libertad hace más poderosos a los ciudadanos democráticos y limita el poder del Estado. La libertad es buena como medio, pero también como fin, por lo que se la debe fomentar y proteger. La libertad de Tocqueville es una "libertad-para", y tiene una finalidad que está fuera de ella misma, pues "se extiende a las parcelas sociales, educativas, económicas y culturales" (Esteban, 2006, p. 130), y además ha de ir inseparablemente unida al sentido de la responsabilidad y el deber. Para ser realmente libre hay que usar la propia voluntad, pensar y actuar por sí mismo. La libertad da profundidad a nuestras almas y dignidad a nuestras vidas. Así se entiende que Tocqueville hable de su gusto instintivo por la libertad, como la base de sus pasiones personales.

La visión ético-humanista de la política de la que estamos hablando tiene como objetivo, según Tocqueville, que el individuo se realice propiamente como tal dentro de una sociedad. En este sentido se puede afirmar, como hace Cruz (1999), que "política y sociabilidad pueden ser entendidas así al mismo tiempo; entonces, la una y la otra se funden en la mis-

ESTUDIOS

VIRTUDES PARA LA ACCIÓN
SOCIAL EN UNA SOCIEDAD
DEMOCRÁTICA.
REFLEXIONES SOBRE LA
DEMOCRACIA EN AMÉRICA
DE ALEXIS DE
TOCQUEVILLE

ma acción que, por ser social y política, también es acción moral” (p. 80). El ejemplo más claro de la acción social que conduce a una acción moral es el de las asociaciones, que no sólo salvaguardan la libertad, sino que contribuyen al progreso moral de los pueblos, y dificultan la constitución de instituciones sociales o políticas de carácter despótico. El asociacionismo representa, pues, un paso hacia la cultura cívica democrática y sobre todo es un elemento clave para convertir la democracia en algo más que un sistema representativo. Se hace, por tanto, más patente la necesidad de “la educación moral y política de la ciudadanía en los valores que sustentan y contribuyen a perfeccionar críticamente a la propia democracia” (Ros, 2001, p. 104).

2. LA RIQUEZA MORAL EN LA DEMOCRACIA

La investigación sobre la moral no puede darse dentro del vacío moral de la neutralidad, sino que tiene que contemplar los valores como algo que proporciona riqueza. Más allá de los valores se encuentran las virtudes, que proporcionan al hombre una base para la integración social que vaya más allá de la mera racionalidad. Según las consideraciones de Negro (1992, p. 55), para Tocqueville la virtud –siguiendo la definición de Aristóteles– es un hábito consustancial al estado democrático social, pero se debe tener en cuenta además que el origen de la virtud pública son las virtudes privadas. En lo que a la virtud respecta, en la sociedad democrática que Tocqueville analiza, lo esencial es que el interés general coincida con el interés personal, dando como resultado unas costumbres que den forma al *ethos* particular de la sociedad política. Este difícil equilibrio entre lo público y lo privado también se refleja en la relación entre independencia y libertad; el extremo de la independencia es la indiferencia hacia los asuntos generales, que es una manifestación de una independencia sin virtud, luego la independencia debe estar integrada por los límites de la libertad.

Como consecuencia de esto la virtud pública no será un mero mecanismo ni una cualidad individual que hace funcionar las instituciones, sino el resultado de las libertades individuales y sociales anteriores; en último término será fruto de las virtudes privadas. Destaca Mayer (1965) que, según Tocqueville, un gobierno democrático no se podía mantener “sin ciertas condiciones en orden a las luces, a la moralidad privada, a las creencias” (p. 425) y la clave de la supervivencia de las instituciones libres y de la misma sociedad está en la relación entre vida privada y vida pública, y en cómo los ciudadanos salen de su esfera personal para participar en el ámbito público.

Tocqueville, según afirma Cohn (2000), sostiene que hay que “formar ciudadanos con un carácter apto para enfrentar las tensiones e incertidumbres de la relación entre los principios de la libertad y de la igualdad” (p. 264), lo que le lleva a considerar que para que una sociedad sea rica moralmente es necesario que se cultiven una serie de virtudes cívicas. El cultivo de estas cualidades personales que robustecerán su libertad se basa en la experiencia y sobre todo en la comprensión de los propios errores, que, corregidos y asumidos de un modo

inteligente, incrementan la experiencia personal y el conocimiento práctico. Lo que Tocqueville vio en la democracia americana es que se pueden corregir los errores que se cometen y de esta manera ayudan a actuar mejor en el futuro. Aunque este aprendizaje demanda tiempo, se puede hacer un buen uso de la capacidad de errar y, en palabras de Cohn (2000), el planteamiento de “Tocqueville abre la posibilidad de concebir la democracia como un gran proceso de aprendizaje” (p. 264).

3. LAS VIRTUDES PARA LA ACCIÓN SOCIAL EN LA DEMOCRACIA

Tocqueville juzga muchas virtudes importantes para una sociedad democrática. Considerando que los vínculos sociales se aflojan en una democracia, al no haber estamentos, se puede destacar entre ellas a la sociabilidad, que fomenta las relaciones entre individuos. Es un tipo de virtud que ayuda a superar el egoísmo individualista a la vez que potencia la autonomía individual, ya que no hay que olvidar que las relaciones entre los individuos se basan en el interés y en el deseo de prosperidad, aunque también es necesario tener en cuenta a los demás cuando se quiere obtener un provecho particular. La sociabilidad está dirigida a un ámbito más amplio de la vida humana que la simple socialización, ya que ésta última no remite más que a la mera adaptación.

La prosperidad no existe si no hay ayuda recíproca. Este hecho es un dato que proviene de la experiencia de la propia debilidad y por el que el ciudadano americano “descubrirá fácilmente que para él el interés privado coincide con el interés público” (Tocqueville, 1988a, p. 13). Las relaciones sociales que se apoyan en esta ayuda dan lugar a la benevolencia, que, no lo podemos olvidar, en una democracia como la americana, siempre estará a caballo entre “no dañar al otro y no prescindir del propio interés por el otro” (Bernal, 2001, p. 65). La benevolencia indica la existencia de un afecto que conduce a atender una necesidad de otro, pero que no lleva a hacer grandes sacrificios. Por eso afirma Tocqueville, refiriéndose a los ciudadanos de la democracia: “No son desinteresados, pero sí bondadosos. Son egoístas, pero accesibles a la piedad” (Tocqueville, 1988a, p. 210). Las necesidades y los peligros que experimentan los hombres en la democracia les hacen sentirse débiles, a la vez que les hacen comprender que otros pueden estar en las mismas circunstancias que ellos, y esto se manifiesta sobre todo cuando gobiernan, ya que es en ese momento cuando captan el verdadero valor de la benevolencia pública y hacen todo lo posible para fomentarla. Por eso, la benevolencia también es piedad y va unida al espíritu de cooperación, que se manifiesta en que hacen pequeños servicios y en la constancia con que los realizan. Esta cercanía que se da entre los individuos en virtud de la ayuda mutua hace crecer una corriente de simpatía entre ellos que origina, según Ros (2001), un moderno sentimiento, el de “piedad universal” (p. 80), gracias al cual el individuo se identifica imaginariamente con el sufrimiento del otro. La novedad de este sentimiento, según este autor, se explica por la combinación de tres factores, que son “la democratización de las condiciones sociales, la difusión de las ideas ilustradas y la influencia moral de fondo ejercida por los ideales cristianos” (p. 81).

ESTUDIOSVIRTUDES PARA LA ACCIÓN
SOCIAL EN UNA SOCIEDAD
DEMOCRÁTICA.
REFLEXIONES SOBRE LA
DEMOCRACIA EN AMÉRICA
DE ALEXIS DE
TOCQUEVILLE

La tensión entre el individualismo y la dependencia, que suele existir dentro de un estado democrático, puede solventarse a través de una comprensión coherente de la autonomía individual, para lo cual hay que ponerla en conexión con una correcta consideración de la naturaleza del hombre, como sujeto capaz de pensar, de sentir y de decidir por sí mismo. La autonomía debe ir unida a un conocimiento personal profundo y a un dominio de sí que tiene como efecto para el hombre el ser capaz de no verse desbordado por los acontecimientos exteriores, algo esencial para el ejercicio de la libertad democrática, que es la libertad para ejercer los derechos que todos tienen. Sin responsabilidad y sin compromiso no existe libertad que ayude a garantizar la autonomía de los demás individuos del sistema democrático. El ciudadano debe percibir que, en sus actuaciones sociales, está obligado a respetar el orden institucional establecido, lo que le llevará a ser más responsable, pero también adquirirá ese hábito de la responsabilidad a través de las mismas costumbres y de la religión. Ambas proporcionan los elementos y motivos que le convencen de la necesidad de sus propias acciones y le involucran en una cultura compartida, en la que Tocqueville considera necesario que el individuo se integre con vistas al fortalecimiento de la democracia.

La virtud de la justicia también adquiere relieve en este nuevo estado democrático, pero con un matiz distinto. Por contraste con la definición clásica de dar a cada uno lo que le corresponde, la nueva orientación que toma es la de orientar el interés bien entendido, de modo que vaya más allá del egoísmo, armonizando el interés privado y el interés público, y superando el mero interés por el puro bienestar material, tanto del Estado como del propio individuo. Se trata de llegar a la construcción de un interés común, tarea en la que todos deben participar y de la que deben sentirse responsables. Tocqueville afirma que la doctrina del interés bien entendido no hace a los hombres virtuosos, pero sí limita sus tendencias al egoísmo y al materialismo. No obstante, esta doctrina debe ser compensada, para que sea eficaz, con la doctrina “según la cual el fundamento de las acciones es el deber” (Tocqueville, 1988b, p. 164), que no remite al cumplimiento estricto de las leyes humanas, sino a poner como punto de mira de las acciones el orden divino. Por eso, el amor a Dios, para nuestro autor sería el único motivo que llevaría a superar la doctrina del interés bien entendido y haría más flexible la justicia.

Aunque la referencia para una correcta comprensión de los deberes ciudadanos sea de tipo trascendente, la vida democrática se debe apoyar en la idea de derechos, sin los cuales la libertad democrática no puede existir. En la exposición de la naturaleza de los derechos nuestro autor coincide inicialmente con Rousseau, ya que ambos tienen como base la idea de propiedad, que cada persona debe defender de los deseos y envidia de los demás. La diferencia entre la posición que mantiene cada uno se observa a nivel antropológico. El hombre que se beneficia del derecho de propiedad es un hombre solo, que ha disfrutado de una educación natural, según Rousseau; Tocqueville, por el contrario, intenta sacar a los hombres de sus vidas privadas y hacerles conscientes de su dependencia mutua, ya que para el

ser humano es natural vivir en sociedad. La educación que propone Tocqueville trata de limitar la tendencia a buscar el interés personal, afianzando la idea de los derechos ajenos, con los que hay que contar necesariamente. Una correcta educación del interés personal pasa, por tanto, por hacer ver a cada individuo que los demás también tienen derecho a defender sus propios intereses, y que uno mismo no sólo debe respetarlos, sino integrarlos dentro de los suyos propios.

Otra de las virtudes que es necesario destacar en tanto que necesaria en cualquier sociedad es la sinceridad. El desarrollo de esta virtud en el individuo democrático va unido a la misma integración del individuo en el sistema. Tocqueville titula el segundo capítulo de la Tercera parte de *La Democracia en América* de la siguiente manera: “Cómo la Democracia hace más simples y más fáciles las relaciones habituales de los americanos”. Con este título nos da a entender que la igualdad facilita, en las relaciones sociales entre ciudadanos, la apertura de espíritu con sus congéneres. Se trata de unas relaciones en las que no se tienen que guardar unas apariencias determinadas o mantener una dignidad acorde con el puesto que se ocupa dentro de la escala social, y por tanto no existen reparos para manifestar con naturalidad y franqueza la propia condición, aunque los ciudadanos no se conozcan. Este comportamiento natural, tan alejado de la afectación y la altivez como de la falsa familiaridad, no es forzado, aunque sí es frío y serio. Como no existen distancias sociales entre los hombres, cada uno tiene importancia propia a la hora de hablar y lo hace sin prejuicios, por lo que no se esfuerza en aparentar o en ocultar sus pensamientos (Tocqueville, 1988b, p. 213).

La naturalidad propicia un ambiente favorable para la sinceridad, pero ésta va más allá de la naturalidad con que un individuo revela su condición. Por otro lado, no se trata simplemente de la capacidad de decir la verdad y evitar la mentira, sino de la fortaleza para ser fiel a los propios principios. En un régimen igualitario estos principios –aunque a menudo el individuo no sea consciente de ello– vienen marcados por lo que dice la mayoría o por las costumbres democráticas; por eso la sinceridad tiene una dimensión humana novedosa en ellas, y para que pueda existir es necesario fomentar la independencia individual, dentro de los límites de la libertad, a los que se acaba de aludir, combatiendo el despotismo de la opinión de la mayoría (Laspalas, 2007, p. 82). La sinceridad, como virtud privada, pero que deja su impronta en la vida pública, se consigue en la medida en que los ciudadanos pueden decir libremente lo que piensan; no es una conquista política, sino el fruto de un entorno propicio, que no sólo no discrimina a los ciudadanos por su modo de actuar o de pensar, sino que además les ayuda a no plegarse servilmente ante lo que piensa la mayoría. Para que esto sea posible tiene que existir un debate abierto de ideas y también de proyectos políticos, que fomente además una sana autocrítica. Esto tendrá además como consecuencia positiva que los ciudadanos no tomarán sólo en cuenta el cálculo de su propio interés al pensar en las consecuencias de lo que dicen, lo que llevará consigo la apertura a los intereses del bien común (Laspalas, 2007, pp. 83-84).

ESTUDIOSVIRTUDES PARA LA ACCIÓN
SOCIAL EN UNA SOCIEDAD
DEMOCRÁTICA.
REFLEXIONES SOBRE LA
DEMOCRACIA EN AMÉRICA
DE ALEXIS DE
TOCQUEVILLE

La sinceridad nos lleva de la mano a la autenticidad, que también se ve menoscabada por la idiosincrasia de la sociedad democrática, en virtud de “la disminución de diferencias entre individuos y por la limitación de la libertad de acción de éstos” (Laspalas, 2007, p. 90). La igualdad social lleva aparejada la nivelación de condiciones económicas, políticas y culturales; las conductas se imitan y los criterios de distinción son más arbitrarios, los individuos se parecen cada vez más entre ellos y a largo plazo falta el gusto por la independencia y por la autenticidad. Esta situación reclama fortalecer en la sociedad democrática las vías de diferenciación, no sólo las formales y externas, sino sobre todo las que manifiesten la idiosincrasia personal de cada individuo, haciendo la vida social más rica. Se hace necesario que exista un elemento que contrarreste la tendencia democrática a disolver los lazos sociales y a nivelar las condiciones de los individuos. Ese elemento diferenciador está el núcleo genuino de cada individuo, donde se encuentran sus rasgos más auténticos. Para que el hombre sea capaz de esto, es necesaria una adecuada educación, sobre todo intelectual, que facilite la independencia de espíritu, manifestada a través de sus decisiones, sus acciones y sus esfuerzos personales (Tocqueville, 1988b, p. 437).

4. LAS NORMAS EN EL TRATO SOCIAL

Un aspecto concreto de esta tarea son los modales, las buenas maneras y la cortesía, pues la sociedad democrática lleva a la decadencia de las buenas maneras, ya que éstas parecen coartar los principios democráticos de libertad e igualdad. También sufre degradación la cortesía, que es, para algunos, profundamente antidemocrática, porque “funciona como una cortapisa a la libertad de expresión y como una marca de distinción” (Naval y Laspalas, 2000, p. 412). El obstáculo principal que debe superar la cortesía es que parece estar en el extremo opuesto de la tolerancia, ambas parecen realidades excluyentes porque para la mentalidad democrática “exigir el respeto de una amplia serie de normas en el trato social constituye necesariamente un acto de imposición antidemocrático” (Naval y Laspalas, 2000, p. 414), y, por otro lado, en la sociedad democrática “la simplicidad de las maneras tiene encantos casi irresistibles. Su familiaridad atrae, e incluso, su tosquedad no siempre desagrade” (Tocqueville, 1988b, p. 144), lo que muestra claramente la dificultad para que los modales y las reglas de buen gusto tengan eco en esta sociedad.

Sólo quienes consideran necesarios los modales y las normas de cortesía y buena educación son capaces de superar los obstáculos que reducen y eliminan la libertad individual, y “estarán en condiciones de participar de un modo constructivo en la edificación del ‘bien común’ ” (Laspalas, 2007, p. 91). Esta afirmación se basa en varios presupuestos; el primero de ellos que la autenticidad no es sinónimo de mera espontaneidad, porque ésta remite a la falta de consistencia y a la imprevisión en el obrar, que no es verdadera libertad, e impide mostrarse en sociedad de la manera más adecuada en cada momento. El modo de presentarse a los demás requiere reflexión, que es una facultad connatural al mismo hombre nada

desdeñable, pues en la medida en que el hombre se dé cuenta de qué manera es la más adecuada para acercarse a sus conciudadanos, será más auténtico y se hará más grata la convivencia entre ellos. Por otro lado, siempre existe un límite que no se puede sobrepasar en la libertad de expresión, el de los derechos fundamentales de otros individuos. Esto no impide que en la sociedad democrática, como se ha visto antes, al ser una sociedad sin clases, se superen las trabas formales de trato entre individuos, incluso aunque pertenezcan a clases diferentes, que imponían las sociedades aristocráticas. Estos presupuestos se apoyan en último término en la realidad de la perfectibilidad del hombre; en que las normas de convivencia, de educación y de cortesía mejoran al hombre, porque le ayudan a desarrollar mejor su personalidad a través de las relaciones sociales, y esto es una riqueza para la sociedad. Claro que eso se consigue a través de un diálogo para llegar a un consenso sobre lo que es positivo para el buen funcionamiento de la misma.

Cabría aplicar aquí el mismo principio al que antes nos hemos referido: habría que fomentar dentro de la sociedad democrática un sistema de diálogo y crítica eficaz, para evitar la imposición de las ideas y de las conductas, teniendo en cuenta que la misma democracia genera costumbres o ideas que son asumidas como positivas por la opinión de la mayoría, y por lo tanto no es posible suprimirlas ignorarlas o despreciarlas. Y es que el buen funcionamiento de la democracia depende de las costumbres, porque en el fondo en toda sociedad democrática hay un código de conducta implícito –un límite externo que el individuo no puede franquear–, y ese código siempre va más allá de los límites de la mera funcionalidad. Tocqueville admite que la simplicidad de los modales de la sociedad americana también tiene atractivo, y con el paso del tiempo nuestro autor prevé que la democracia también llegará a tener “un modelo decido y fijo de lo que es conveniente y de buen gusto y cada uno se conformará a él sin dificultad” (Tocqueville, 1988b, p. 264). De todas formas, la autocrítica que amplíe el umbral de tolerancia, debería ir unida a un buen nivel de conocimiento de las posibilidades formativas que ofrecen los modales y las normas de cortesía. Los individuos democráticos no imaginan, ni conciben y, por tanto, no desearán algo que tienden a creer que no existe; y por eso es necesario que se imparta una adecuada educación que influya en los hábitos de los individuos y les haga valorar, a través de la misma experiencia, los aspectos positivos de las formas externas, los modales y las normas de cortesía.

5. EL AUTODOMINIO Y EL INTERÉS BIEN ENTENDIDO EN UNA SOCIEDAD DEMOCRÁTICA

En otro orden de cosas, Tocqueville ve en los hombres de las épocas aristocráticas un ejemplo de autodomínio que echa de menos en la sociedad democrática, aunque otros hábitos mitigan en ella esta carencia, con lo que, aunque los hombres no tengan esta virtud, al menos no caigan en el vicio contrario. En una democracia los ciudadanos son más conscientes de sus limitaciones y aspiraciones, y sólo se sienten fuertes cuando se apoyan en el cuerpo social; también deben superar los vicios que les hacen más débiles, como la envidia,

ESTUDIOSVIRTUDES PARA LA ACCIÓN
SOCIAL EN UNA SOCIEDAD
DEMOCRÁTICA.
REFLEXIONES SOBRE LA
DEMOCRACIA EN AMÉRICA
DE ALEXIS DE
TOCQUEVILLE

apoyándose en las mismas costumbres y en la cultura. Un papel nada despreciable a la hora de orientar hacia un fin superior las acciones del hombre es el que le corresponde a la religión, pues, aun en el supuesto de que no vuelva a muchos hombres por completo virtuosos, al menos los hace comedidos en sus aspiraciones, porque infunde en el alma la confianza en la existencia de otro mundo y la esperanza de llegar a él, lo que les lleva a relativizar las aspiraciones de esta vida, que no son nada comparadas con lo que pueden recibir en la otra.

Los ciudadanos americanos tienden a descuidar los asuntos públicos para dedicarse enteramente a sus negocios privados, pero en la medida en que se preocupan por los asuntos comunes y cooperan con sus conciudadanos para resolverlos, combaten así no sólo el egoísmo, sino también el individualismo. Este tipo de egoísmo no limita los horizontes del hombre sino que, al estar orientado por el deseo de conseguir bienes materiales, hace de él un ser audaz, e incluso temerario en sus negocios, pero nunca magnánimo, porque su audacia proviene de la reflexión y no de la grandeza de ánimo o de corazón. La audacia le lleva a arriesgar su fortuna, pero siempre teniendo en cuenta el interés y los beneficios que puede obtener de ello.

No obstante, para Tocqueville, no es tanto la virtud lo que contribuye a fomentar al autodomínio de los hombres dentro de una democracia, sino el cálculo del interés, que es más bien una tendencia intelectual fundada en la inclinación a la posesión de bienes materiales. El cálculo no hace a los hombres más virtuosos, sino que los vuelve más comedidos y menos generosos, porque con él se busca hacer compatible el interés particular con el interés general, lo que pone de manifiesto una especie de egoísmo refinado, tamizado por el cálculo y la reflexión y cimentado en unos hábitos de vida regulares. Según Mélonio (1993), la doctrina del interés bien entendido tiene para nuestro autor tan sólo sentido y valor pedagógicos, en cuanto no es más que un medio para que el espíritu se oriente convenientemente hacia la libertad, además de ser una doctrina que Tocqueville valora más por sus efectos morales que por la verdad que contiene. En todo caso, no es propiamente una virtud, porque no busca el bien sino la utilidad, aunque ésta última es otra vía para intentar lograr que los hombres sean “ordenados, comedidos, razonables, previsores” (Tocqueville, 1988b, p. 162), y en consecuencia dueños de sí mismos. En una democracia, es la única forma que les resta a los individuos, si quieren ser libres, de protegerse de sí mismos –es decir, del deseo imperioso de poseer y disfrutar los goces materiales–, y ver en la libertad el mejor instrumento para obtener el bienestar material, lo cual además facilitará la labor del gobierno, en la medida en que éste les permita alcanzar los bienes que desean.

6. A MODO DE CONCLUSIÓN

Volviendo a las reflexiones con las que iniciábamos este artículo, no puede perderse de vista que la libertad no debe ejercitarse nunca al margen del bien del hombre y que debe ir

unida a la moralidad. Ésta última debe dirigir todos los actos humanos, tanto en el ámbito público como en el privado. La referencia a la moralidad también nos hace pensar que la finalidad de los actos no puede ser el hombre mismo, su egoísmo o interés, sino el bien propio, que es más amplio, y el de los demás. El hombre democrático debe salir de la indiferencia respecto de sus iguales y buscar asuntos comunes, y lo conseguirá si trabaja en común, pues entonces se dará cuenta de que no es tan independiente de los demás y que necesita su ayuda. De esta manera el individuo se verá implicado en las iniciativas civiles que –como sucede en el caso de las asociaciones u ONGs– ayudan a los hombres a salir del solipsismo a través del influjo recíproco, en la medida en que ejercen los hábitos de la cooperación y de la benevolencia.■

Fecha de recepción del original: 29-01-2007

Fecha de recepción de la versión definitiva: 20-02-2007

REFERENCIAS

- Bellah, R. N., Madsen, R., Sullivan, W. M., Swidler, A. y Tipton, S. M. (1989). *Hábitos del corazón*. Madrid: Alianza Universidad.
- Bernal, A. (2001). El diálogo en la educación moral. En C. Naval y C. Urpí (Eds.), *Una voz diferente en la educación moral* (pp. 13-30). Pamplona: EUNSA.
- Blits, J. H. (1997). Tocqueville on democratic education: The problem of public passivity. *Educational Theory*, 47(1), 15-30.
- Cohn, G. (2000). Tocqueville y la pasión bien comprendida. En A. Borón (Ed.), *La filosofía política moderna de Hobbes a Marx* (pp. 247-267). Buenos Aires: Clacso-Eudeba.
- Cruz Prados, A. (1999). *Ethos y polis*. Pamplona: EUNSA.
- Esteban, M. (2006). Robustecer la ciudadanía: un nuevo reto para la política educativa en España. En C. Naval y M. Herrero (Eds.), *Educación y ciudadanía en una sociedad democrática* (pp. 122-134). Madrid: Encuentro.
- Laspalas, J. (2007). El laberinto de la 'autenticidad': notas sobre una utopía política. En C. Naval y J. Laspalas (Eds.), *La educación cívica hoy. Una aproximación interdisciplinaria* (pp. 75-95). Pamplona: EUNSA.
- Mayer, J. P. (1965). *Alexis de Tocqueville. Estudio biográfico de ciencia política*. Madrid: Tecnos.
- Mélonio, F. (1993). *Tocqueville et les Français*. Paris: Aubier.
- Naval, C., Laspalas, J. (2000). Liberalismo y virtudes sociales. En E. Banús y A. Llano (Eds.), *Presente y futuro del liberalismo* (pp. 407-428). Pamplona: EUNSA.
- Negro, D. (1992). Virtue and politics in Tocqueville. En E. Nolla (Ed.), *Liberty, Equality, Democracy* (pp. 55-74). New York: New York University Press.
- Ros, J. M. (2001). *Los dilemas de la democracia liberal. Sociedad civil y democracia en Tocqueville*. Barcelona: Crítica.
- Tocqueville, A. (1988a). *La democracia en América, I* (E. Nolla, Trad.). Madrid: Aguilar.
- Tocqueville, A. (1988b). *La democracia en América, II* (E. Nolla, Trad.). Madrid: Aguilar.

ESTUDIOS

VIRTUDES PARA LA ACCIÓN SOCIAL EN UNA SOCIEDAD DEMOCRÁTICA.
REFLEXIONES SOBRE LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA DE ALEXIS DE TOCQUEVILLE

